

---

# Marina Mayoral

Dar la vida y el alma

---

ALFAGUARA



---

Crear que un cielo en un infierno cabe,  
dar la vida y el alma a un desengaño:  
esto es amor. Quien lo probó lo sabe.

LOPE DE VEGA, *Rimas*

No quiero que te vayas, dolor,  
última forma de amar...

PEDRO SALINAS, *La voz a ti debida*

La verdadera vida, la vida al fin descu-  
bierta e iluminada, la única vida por  
consiguiente vivida, es la literatura...

MARCEL PROUST, *El tiempo recobrado*

---

*A él,  
que ni le gusta, ni le interesa*

---

---

## I.

Cuando se lo conté a él estaba prácticamente decidida a escribir sobre Amelia. Siempre me había fascinado su historia. Me gustan las historias de amor eterno y no correspondido, pero sólo cuando las viven personas que a mí me parecen normales. Si se vuelven locas, como doña Juana de Castilla, o la hija de Victor Hugo, la pobre Adèle, me queda siempre la duda de si enloquecen por amor o si estaban locas previamente y les dio por allí como podía haberles dado por otra cosa. De manera que la primera condición para que me interese una historia de esa clase es que la protagonista esté cuerda. Y digo la protagonista porque no conozco a ningún hombre que siga queriendo durante mucho tiempo cuando no es correspondido, o que haya enloquecido por amor. Casos literarios, sí; el marido de Emma Bovary, sin ir más lejos, sentía por su mujer el gran amor que ella buscaba en otros sin encontrarlo. Y el protagonista de *Berénice* de Rosalía de Castro enloquece de amor. Pero ya se sabe que los novelistas fantaseamos a placer; en la vida real no he conocido ninguno.

La segunda condición es que no se suiciden. El suicidio es una solución demasiado fácil.

---

Lo que me parece fascinante es seguir queriendo, día tras día, año tras año, a alguien que no te corresponde, que te ha abandonado o que está a tu lado por interés; quererlo con la oposición de todos los que te rodean, que te dicen que hay que olvidar, que no te empeñes, que no te cierres a la vida y consejos de esa índole. Y, en el caso de Amelia, mucho peor: querer a un hombre que no sólo te pone los cuernos, que hasta cierto punto es algo comprensible y disculpable, porque si un hombre es atrayente también les gustará a otras, y hay mucha pécora suelta por el mundo y la carne es débil y a los hombres les han inculcado durante siglos el convencimiento de que una cana al aire no tiene importancia, y todas esas cosas... No; mucho peor: querer a un hombre que te engaña para quitarte tu dinero y te abandona sin la menor disculpa ni la más mínima posibilidad de explicación; porque a Amelia la dejó en el hotel de París donde pasaban su luna de miel y se llevó todas las joyas, las maletas de los dos y hasta la ropa. Amelia se quedó con el camisón por todo ajuar. A veces he pensado que la familia exageraría, que Carlos sólo le habría robado las joyas y los abrigos de piel (se casaron en invierno)... Pero mi tía Mercedes, que fue la persona que me dio más datos sobre este asunto, insistía en ello y repetía la misma frase siempre que sacaba a relucir la historia: «La dejó en camisón»... Y no se pueden cambiar los detalles caprichosamente.

---

Cuando partes de un hecho real hay que apechugar con las dificultades.

Me doy cuenta de que la situación resulta poco creíble y no sólo por lo que tiene de maldad gratuita dejar abandonada en un hotel a una pobre chica de dieciocho años, que nunca había salido de su casa y del colegio, sino por lo ilógico que parece cargar con tantas cosas inútiles: vestidos, ropa interior, zapatos... De las pieles y las joyas podría sacar dinero, pero con lo demás, ¿qué pensaba hacer? ¿Venderlo en el rastro? Porque Amelia era delgadita y no alta, y, por lo que se sabe, las amantes de Carlos eran del tipo que los hombres de la familia llamaban «una real hembra», de modo que la ropa no le serviría ni para regalos. Creo que lo hizo por cuestión de tiempo. Es más rápido salir de estampía con las maletas, tal como las hubiesen dejado la noche anterior, que ponerse a escoger: esto me llevo y esto no. Podía haber tenido el gesto de dejarle un traje para que al menos pudiese salir a la calle, pero, decidido a hacer la faena que hizo, qué importaba una canallada más.

En cualquier caso quedan muchos cabos sueltos: ¿Qué pasó con la ropa que Amelia llevaba puesta cuando llegaron a la habitación? Pongamos que no deshicieron las maletas, pero ella debió de dejar su traje de chaqueta en alguna parte, o quizá él se lo quitó y fue tirando las piezas aquí y allá, estilo película, ¡pobre Amelia!, tan inocente y Carlos tan guapo, tan elegante,

tan seductor. Sobre su capacidad de seducción todos estaban de acuerdo, incluso los que lo condenaban sin paliativos. Así que no es difícil imaginar la noche de bodas de la niña inocente y virginal y el donjuán sinvergüenza. Pero ahí se acaba la facilidad. Todo lo demás es problemático: ¿Tenía Amelia un sueño tan profundo que no oyó cómo él salía de la cama, se vestía y arramblaba con todo el equipaje? Una cosa es ir sigilosamente al cuarto de baño y otra es desvalijar, y nunca mejor dicho, una habitación. Hay algún caso de sueño pesado en la familia. A una de mis primas hay que despertarla sacudiéndola, no le sirven los despertadores, y parece ser que una tía abuela dormía también de ese modo. Se puede pensar que aquélla fue una apasionada noche de amor y que Amelia estaba rendida. O mejor todavía, que la emborrachó o que le dio un somnífero, que es lo más probable, ya que debía de tenerlo planeado de antemano. Pero aún queda la cuestión más importante: ¿Por qué unió al abandono el escarnio?, ¿por qué dejarla en su noche de bodas y sin ropa?

Durante algún tiempo creí que era mi incapacidad para comprender los motivos de Carlos lo que me impedía escribir sobre una historia a la que volvía una y otra vez en mi imaginación. Me puse a hacer averiguaciones porque sentía curiosidad, aunque lo cierto es que se trataba de una curiosidad fría, no cordial; la misma que te lleva a través de las páginas de una novela poli-

---

ciaca en la que todo se aclara en el desenlace, o la que te hace completar un crucigrama o encajar las piezas de un rompecabezas. Reuniendo datos y opiniones llegué a encontrar algunas explicaciones plausibles. En un primer momento yo había pensado que podía tratarse de una venganza, no sólo contra Amelia sino contra nuestra familia, que le había comprado a la niña un marido aristócrata; y contra la suya, que, al arruinarse, lo empujó al matrimonio para mantener el lujo al que estaba acostumbrado. Mi tía dijo que no, que nadie lo había obligado, que había sido él quien escogió a Amelia entre otras burguesas ricas que hubiera podido pretender. Y añadió: «No era tan retorcido», como queriendo decir que la retorcida era yo.

Mi tía Mercedes creía sencillamente que la había dejado sin ropa para que no pudiese salir de la habitación y denunciar el robo. Lo que no entendía era por qué Carlos la abandonó de aquella manera, cuando la experiencia demostró que podía sacarle mucho más dinero quedándose.

Mi tía Malen, que siempre ha ejercido de contestataria, me sugirió la posibilidad de que Carlos se hubiera encontrado en la noche de bodas con una sorpresa desagradable: que Amelia no fuera virgen o que tuviese algún defecto físico, alguna enfermedad que le habían ocultado y que se siguió ocultando. Y que lo del robo de las maletas fue una cortina de humo lanzada por nuestra propia familia para disimular. Acuérdate



---

—me dijo— de la que montaron cuando Nacho se fue a vivir con su amigo: que lo habían cogido los de una secta, que estaba drogado... Todo por no reconocer que es *homo*.

Seguí reuniendo datos hasta que un día me di cuenta de que esa parte de la historia era la que menos me importaba. Las razones de Carlos me tenían sin cuidado y en el fondo eran sólo un pretexto para no ponerme a escribir sobre algo que me inquietaba y en lo que me sentía implicada sin saber por qué.

Llegó un momento en que sólo me interesaba mi propia fascinación por unos hechos que aparentemente nada tenían que ver conmigo. Esto suena muy narcisista y neurótico, pero creo que es bastante común. Casi siempre escribimos para enfrentarnos con nuestros fantasmas y exorcizarlos. Yo necesitaba saber por qué volvía una y otra vez sobre aquello, y sólo podía resolverlo de un modo: escribiendo, dejando que saliese fuera todo lo que yo tenía en mi interior de la historia de Amelia; en un interior oscuro al que no se llega con la cabeza, pero que va fluyendo como un río imparable en cuanto empiezas a escribir. Así que decidí que debía hacerlo ya. Pero, cuando estaba a punto de empezar, le dije a él: ¿Sabes?, voy a escribir sobre algo que siempre me ha fascinado. Y él me dijo: ¿Sí? ¿De qué se trata? Yo voy y se lo cuento y él me dice: No me interesa nada; es una historia completamente decimonónica.

---

Me dejó chafada, claro, aunque le repliqué que los temas no son de un siglo ni de otro y que todo depende de cómo se cuenten. Él admitía que sí, pero que, si en vez de ocurrir en aquel ambiente y a comienzos de siglo hubiera pasado ahora, Amelia se hubiera ido con el otro, con Enrique, y santas pascuas, y que aquello de la fe, la presión social, la familia y lo de una chica sin carrera y sin independencia económica, por muy rica que fuese, y lo de ocultar o disimular su pasión por el sinvergüenza del marido, todo sonaba a siglo diecinueve. Y también lo de Enrique, el chico ambicioso y emprendedor, que se enamora de Amelia, pero que, convencido de que su amor es imposible, se casa con otra, guapísima y riquísima, sin dejar de estar enamorado de Amelia... En fin, que todo, todo le olía a siglo pasado y que no le interesaba nada. Lo decía de una forma y vestido con aquellas camisas tan modernas y aquellos pantalones siempre a la última, y yo con una blusa y unas faldas que hubiera podido llevar mi abuela... A mí también me sonó a folletín decimonónico.

Me di cuenta de que había hecho una tontería contándosela así, de forma abreviada y rápida, porque lo folletinesco de la historia es lo que está por encima, y por debajo corre todo lo que es igual en cualquier época, que son los sentimientos. Pero también pensé que incluso los sentimientos cambian con los tiempos, porque no es igual lo que siente hoy una chica soltera que se queda embarazada que lo que sentía cuando toda la sociedad lo

veía como una vergüenza. Y una mujer casada que se enamora de otro hombre no lo vive igual hoy, que hay la posibilidad de divorcio, que a comienzos de siglo cuando no había ninguna solución legal. En fin, que pensé que él debía de tener razón y que era una historia decimonónica.

Eso me frenó de nuevo la intención de ponerme a escribir sobre Amelia, aunque a mí seguía interesándome. Entonces, por curiosidad, me puse a hacer una lista de las cosas que a mí me interesan y a él no, y de las que a él le gustan y a mí me fastidian o me resultan indiferentes. Y eran unas cuantas:

A mí me gusta la ópera, sobre todo la italiana. A él sólo le gusta Mozart y Alban Berg.

Él regala siempre flores. A mí me encanta que me regalen *marron glacé* e incluso chocolatinas corrientes. Bombones de licor, que son los que él prefiere, no.

Él se ha leído varias veces *À la recherche du temp perdu*. Yo una, y releo sólo algunos fragmentos aislados.

Él adora a Thomas Bernhard. A mí se me cae de las manos.

Él lee habitualmente poesía. Lo más reciente. Yo, novela, y cuando ya la ha leído todo el mundo.

A mí me gusta el ballet; el moderno y el clásico. Él lo detesta y aún más el mimo, que a mí me resulta entretenido.

A mí me gusta salir por la noche al cine, picotear algo rápido en una barra e ir corriendo

---

a ver la película. Él prefiere siempre cenar en restaurante y hablar largo y tendido con los amigos.

Los domingos por la mañana me gusta ir a escoger plantas al vivero, donde él se aburre a morir.

A él le gusta beber vino en las comidas y fumar, aunque últimamente no lo hace. Yo, comiendo, bebo agua o una cerveza, y no fumo.

A mí me gusta mucho el *champagne* y se me sube a la cabeza; a la segunda copa me pongo alegrísima. A él lo deja frío. También me gusta el Marie Brizard, que a él le parece abominable.

Él prefiere el arte abstracto. Yo, puesta a escoger, prefiero el figurativo.

Él duerme destapado y casi desnudo. Yo adoro arrebujarme en las mantas y prescindí del esquijama obligada por las circunstancias, pero sigo usando en invierno camisones de franela.

Él está siempre al tanto de la moda. Yo me entero de lo que se lleva cuando él me lo dice. Yo me suelo comprar ropa demasiado grande; él tiende a comprársela pequeña.

Mi ideal de casa de verano es en un acantilado sobre el mar, que se oiga y que se huela. El suyo es en el campo, un campo suave, mediterráneo. Si a él lo ponen a vivir en una casa donde sólo se vea mar es posible que acabe suicidándose. Creo que yo no llegaría a hacerlo si tuviera que vivir en la casa de campo que a él le gusta.

Cuando a mí me apetece ir a Túnez o al Caribe, a él le apetece Londres o Nueva York. Yo

---

disfruto viendo sitios nuevos que no conozco. Él vuelve una y otra vez a las mismas ciudades, calleja, se sienta en los cafés, compra en las tiendas y visita los museos que ya conoce de memoria. Yo me emociono con las ruinas, los monumentos y con los grandes paisajes naturales. A él la naturaleza lo trae sin cuidado y el único monumento que lo emocionó fue el Partenón, un día de febrero que nevaba y estábamos solos él y yo.

Él disfruta conduciendo. Yo paso sudores de muerte.

Él se echa la siesta en una butaca. Yo soy incapaz de dormir si no es tumbada. A él le gusta dormir con luz. Yo necesito la más absoluta oscuridad. Cuando él cierra las persianas deja siempre unas rendijas abiertas. Yo tengo siempre un antifaz al alcance de la mano y me lo pongo en cuanto amanece.

Yo sueño con la llegada del verano. Él cuenta los días que faltan para el otoño.

Cosas que nos gusten a los dos, así, a bote pronto, sólo me salen tres:

Hacer el amor

Los cuadros de Rothko

El gin tonic con Beefeater

No es mucho, desde luego. Sin embargo han bastado para estar juntos diez años y hasta para ser felices a ratos; muy felices. No sé por qué no podrían servir para otros diez, o los que fuesen...

Con esos antecedentes pensé que lo esperable y lo normal era que a él no le interesase la

---

historia de Amelia y a mí sí. De manera que lo mejor era escribirla, prescindiendo de su opinión. No es que la desdeñase, pero hay cosas que no pueden evitarse. Cuando una idea o un personaje se instala en tu cabeza, lo mejor es dejarlo salir, porque si no, acaba interfiriendo en cuanto haces y se cuelga en relatos que no le atañen. Y, si te empeñas en reprimirlo, empiezas a pensar que no le das cancha por miedo, porque no te atreves a enfrentarte con lo que puedes encontrar. Quizá había ya algo en el ambiente, algo entre nosotros, que yo no quería ver, y por eso decidí ocuparme de Amelia y ver qué ocurría.

Para animarme me dije que, una vez escrita la historia, él vería que nuestra postura ante los grandes temas no es tan distinta, que en el fondo pensamos lo mismo... o parecido. Creí que podría hacerle comprender que hay sentimientos que no son de un siglo ni de otro, y que, por ejemplo, en cualquier época hay mujeres que quieren, que siguen queriendo a un hombre que no les corresponde o que no estima ese amor o que no lo merece. Que la respuesta al amor y al olvido no es una cuestión de épocas sino de personas. Y que, en cualquier tiempo, se puede escoger no olvidar: «No quiero que te vayas, dolor, última forma de amar»...

Él no llegó a ver escrita la historia de Amelia. Sólo unas páginas del comienzo donde se habla de nuestras diferencias. Dijo: Es muy bonito. Parece un poema.

Y pocos días después se fue.